

Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.

LUCAS 12: 48



**N**iccolò Paganini es reconocido mundialmente como uno de los mayores violinistas de todos los tiempos. Fue un niño prodigio, y presentó su primer concierto a la edad de once años. Aunque también tocaba la viola y la guitarra, se le recuerda fundamentalmente por sus importantísimas aportaciones a la interpretación violinística europea, a la que transformó para siempre. Paganini ejerció una notable influencia sobre otros músicos posteriores importantes, como, por ejemplo, Johannes Brahms y Sergéi Rajmáninov.

Cuando Paganini murió en 1840, legó su valiosísimo y precioso violín, un Guarnieri, a su ciudad natal, Génova. Curiosamente, el magnífico legado iba acompañado de una condición difícil de entender. Paganini no quería que ningún otro intérprete lo volviera a tocar. Los responsables del gobierno municipal aceptaron la condición impuesta por el virtuoso, y, en consecuencia, pusieron el instrumento en un estuche y colocaron el estuche en una vitrina, en la que es observado por miles de visitantes.

Los instrumentos de madera tienen una particularidad. Cuanto más tiempo son tocados, mejor suenan, y no se percibe el paso del tiempo por ellos; es como si no los tocara nadie. Sorprendentemente, cuando se dejan de usar, su estado decae poco a poco. Precisamente eso es lo que le ocurrió al violín de Paganini. Otros violines del mismo violero continuaron siendo usados por otros virtuosos de generación en generación como una bendición para el mundo, pero el violín de Paganini es hoy una reliquia de lo que pudo haber sido. Esto encierra una gran lección que no debe olvidarse.

El apóstol Pablo escribió a Timoteo, su hijo espiritual, las siguientes palabras: «No descuides el don que está en ti» (1 Tim. 4: 14). El éxito es dinámico. Conlleva crecimiento y desarrollo, el logro de una cosa, y el uso de ese logro es un peldaño que ayuda a alcanzar el próximo. No hay un lugar donde detenerse. Lo que no se alimenta decae y finalmente muere. Cuando usamos permanentemente nuestro don, producirá cosas que no solamente nos llenarán de gozo y felicidad sino que además traerán felicidad a los demás.

Piensa hoy en los dones que Dios te ha dado. Todos hemos recibido, como mínimo, un don. Úsalo para el adelanto de la causa del Maestro y para bendición de la humanidad.



Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

1 JUAN 1: 9

Una señorita emigró a los Estados Unidos. En su Cuba natal había sido una católica muy devota, y acostumbraba confesar sus pecados al sacerdote. En su nuevo hogar, afrontó el problema de que no podía confesar sus pecados en inglés. El problema pronto se convirtió en una crisis. Un día supo que había un sacerdote que hablaba los dos idiomas y, después de dar con él, lo convirtió en su confesor.

Pero un día se encontró con la noticia de que su confesor había sido transferido a otra parroquia y el problema se presentó de nuevo. No tenía a quién confesarle sus pecados. La crisis la llevó a la necesidad de confesar sus pecados en inglés, idioma que todavía no dominaba. Nuestra heroína pidió a una amiga bilingüe que tuviera la bondad de ayudarla a traducir sus pecados para poder confesarse. Ella practicó una y otra vez la frase «Perdóneme, padre; he pecado», y finalmente llegó al confesionario. Después de pronunciar la frase «Perdóneme, padre; he pecado», sacó su lista donde tenía sus pecados traducidos al inglés. Pero descubrió que el confesionario estaba muy oscuro y que no podía leer la lista. Intentó una y otra vez leer la lista, pero no pudo hacerlo, y al fin se dio por vencida. Salió del confesionario llorando. Un sacristán que la vio llorando la escuchó decir en un susurro: «No puedo ver mis pecados».

Aquella fue una declaración muy profunda. Y tú, ¿puedes ver tus pecados? Es decir, ¿no puedes verlos porque los reconoces y los confiesas? ¿No puedes verlos porque Dios ya los ha echado a lo profundo del mar y ahora están tan lejos de ti como lo está «el oriente del occidente», como dice el salmista? ¿O no puedes verlos porque no los reconoces ni aceptas tu culpabilidad ante Dios?

Nuestro tema de hoy nos asegura que *si* confesamos, recibiremos el perdón. Es una de las afirmaciones más claras de la Biblia: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad».

¡Qué maravillosa seguridad! Deberíamos aceptar eso con todo nuestro corazón. Lamentablemente, muchas veces seguimos sintiéndonos culpables de los pecados que hace tiempo confesamos. Creemos que Dios nos perdona, pero nosotros no nos perdonamos a nosotros mismos. Es como si creyésemos que es nuestra obligación sufrir, pagar algo, hacer expiación. A veces confundimos los problemas que vienen como resultado del pecado con algún tipo de castigo por el pecado, y, si sufrimos ese “castigo”, nos sentimos “perdonados”.

Dejemos toda duda y aceptemos hoy el perdón divino.

Respondiendo Jesús, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» Y el ciego le dijo: «Maestro, que recobre la vista». Y Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

MARCOS 10: 51, 52

Esta es la inspiradora historia del ciego Bartimeo. Aquí se ven las peculiaridades de la historia de los Evangelios. En Mateo 20: 29 dice que eran dos ciegos. Pero aquí y en Lucas 18: 35 dice que era uno solo. Nuestro texto de hoy proporciona una valiosa información. Dice que el ciego se llamaba Bartimeo. Hay quienes aseguran que esa palabra significa “hijo de Timeo”, es decir, “hijo de un ciego”. El ciego Bartimeo era hijo del ciego Timeo.

Bartimeo preguntó qué ocurría, pues el gentío que se movía a su alrededor no era normal en Jericó. Cuando le dijeron que Jesús de Nazaret estaba pasando por la ciudad, Bartimeo se estremeció. Hacía tiempo que esperaba esta oportunidad. Jesús estaba cerca y él creía que podía devolverle la vista. Sin perder tiempo, sin ninguna inhibición, comenzó a gritar: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí». Los gritos eran estridentes, casi ofensivos, para un personaje tan importante como Jesús de Nazaret, quien se encontraba en el apogeo de su fama y de su popularidad. La gente comenzó a reprenderlo, diciéndole que se callara. Pero Bartimeo no estaba dispuesto a desaprovechar su única oportunidad de ser sanado por Jesús, y siguió gritando.

«Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle». ¡Qué gloriosa oportunidad! La Biblia Reina-Valera dice: «Él, arrojando su capa, se levantó». Pero la Biblia de Jerusalén dice que Bartimeo «dio un brinco» para acercarse a Jesús.

«Era el hijo ciego de un padre ciego, lo cual empeoraba el caso, y hacía la curación más maravillosa, y, así, más apropiada para tipificar la curación espiritual realizada por la gracia de Cristo en aquellos que no solo nacieron ciegos, sino de padres que eran ciegos» (*Matthew Henry's Commentary*, t. 5, p. 423).

Después de caminar entre sombras, abrir los ojos y observar el rostro de Jesús y las cosas maravillosas de este mundo tiene que ser algo indescriptible. Es algo similar a lo que sucede cuando acudimos a Dios en oración y rogamos: «Señor, ten piedad de mí, que soy pecador», y Dios responde con su inigualable misericordia.

El ruego de Bartimeo fue: «Maestro, quiero ver». ¿Por qué no hacemos una petición así de sencilla? Necesitamos ver la voluntad de Dios en nuestra vida; necesitamos ver las necesidades físicas y espirituales de quienes nos rodean y, sobre todo, necesitamos ver nuestros pecados. Gritemos, como Bartimeo, «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí».



Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra en tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; pero después de sembrada, crece, y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.

MARCOS 4: 31, 32

¿Qué es como el grano de mostaza? El reino de Dios. Nuestro Señor dijo: «¿A qué haremos semejante el reino de Dios, o con qué lo compararemos? Es como el grano de mostaza». «El reino de los cielos» y «el reino de Dios», son lo mismo. Mateo es el único que usa la expresión «el reino de los cielos». La usa 31 veces. Pero solo usa 5 veces la expresión «reino de Dios», que es la única que usan los otros evangelistas.

¿Qué es el reino de los cielos? Es uno de los temas más importantes de la Biblia. El «reino de los cielos» o «reino de Dios» era el tema de la enseñanza de Jesús y fue el tema de la predicación de los apóstoles y de los setenta. Muchas de las parábolas de Jesús comienzan con «el reino de los cielos es semejante a». Su evangelio era la buena nueva del reino. «El “reino de los cielos” se estableció en la primera venida de Cristo. Jesús mismo era el Rey, y los que creían en él eran sus súbditos. El territorio de ese reino era el corazón y la vida de los súbditos. Evidentemente el mensaje de Jesús se refería al reino de la gracia divina. Pero, como Jesús mismo lo indicó claramente, el reino de la gracia antecedía al reino de la gloria (ver DTG 201-202; CS 394-395)» (*Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 309).

¿Por qué comparó nuestro Señor al reino de Dios con un grano de mostaza? «El germen que se halla en la semilla crece en virtud del desarrollo del principio de vida que Dios ha implantado en él [...]. Tal ocurre con el reino de Cristo [...]. ¡Y cuán rápido fue su crecimiento, cuán amplia su influencia! [...] Pero la semilla de mostaza había de crecer y extender sus ramas a través del mundo [...]. De esta manera, la obra de la gracia en el corazón es pequeña en su comienzo. Se habla una palabra, un rayo de luz brilla en el alma, se ejerce una influencia que es el comienzo de una nueva vida; y ¿quién puede medir sus resultados?» (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 55, 56).

¿Ya está plantada la semilla de mostaza en tu corazón y en tu vida? ¿Estás sembrando muchas semillas de mostaza en el corazón de la gente? ¿Qué semillas plantas?

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

HECHOS 1: 8



El corazón de la misión está en el propio centro de este texto: «Ustedes serán mis testigos». Ese es el mensaje recurrente en todo el libro de los Hechos: «Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído» (Hech. 22: 15). «Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo» (Hech. 10: 39).

Ser testigos de Cristo significa decir a todos los que nos escuchan lo que dijo y cuanto hizo por nosotros. Es decir, llevar un mensaje sencillo y veraz. Aunque el testimonio sea sencillo, exige del testigo un costoso compromiso. Toca radicalmente nuestro interior, lo que realmente somos en lo profundo. No es solo palabras. El mensaje no solo se presenta con los labios, sino también con la conducta, con lo que se ve en la vida aunque no se diga ninguna palabra.

El testimonio que Henry Stanley dio de David Livingstone debería darse también de nosotros: «Si hubiese estado con él, y nunca me hubiera hablado una palabra sobre lo que creía, de igual manera me habría convencido a ser cristiano». Nuestras vidas deben mostrar la realidad interna de lo que proclamamos. Los apóstoles hacían que sus palabras trascendiesen, hacían que su mensaje tuviese un reflejo en su conducta, movilizaban el evangelio, vivían sus palabras. El evangelio, en fin, modeló su vida y su enseñanza.

Leí en el periódico las siguientes noticias sobre un predicador evangélico: «Arrestado por presentar documentación falsa». «Se divorcia y se casa por tercera vez». «Esposa de predicador denuncia a su esposo por maltrato físico».

Ser un testigo auténtico demanda un corazón sincero y abierto que siempre está creciendo en la experiencia de la proclamación. Se requiere tener siempre la palabra de Cristo, la realidad interna de lo que predicamos, morando en nuestro corazón. Hace falta una pasión desbordante. Hemos de ser creyentes celosos capaces de trastornar al mundo.

Cuando George Whitfield levantaba al pueblo de sus camas a las cinco de la mañana para escuchar su predicación, un hombre, camino de la iglesia, se encontró con David Hume, el filósofo y escéptico escocés. Sorprendido al verlo dirigirse a escuchar a Whitfield, el hombre dijo: «Pensé que usted no creía en el evangelio». Hume replicó: «Yo no, pero el sí».

¿Testificas con tus palabras y con tu vida? ¿Predicas desde el púlpito de tu ejemplo?

Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios.

LUCAS 1: 64

**Z**acarías, el padre de Juan el Bautista, quedó completamente asombrado, petrificado, cuando el ángel le comunicó la noticia de que su esposa Elisabet concebiría un hijo. No podía creerlo. Había suficientes razones para dudar: su mujer era estéril y ambos eran de edad avanzada. En tales circunstancias, desde el punto de vista humano, era imposible que ella concibiera y diera a luz un hijo.

La incredulidad de Zacarías fue reprendida por el mismo ángel que le dio la buena nueva. «Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar [...], por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo» (Luc. 1: 20).

Sabemos que el Espíritu Santo reproduce a Cristo en nuestra vida, pero en el relato del nacimiento de Juan el Bautista hay otra función que el Espíritu Santo desempeña en la formación de la iglesia. Había una multitud orando fuera del santuario mientras Zacarías ofrecía el incienso: «Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario» (Luc. 1: 21). Esperaban escuchar la voz del sacerdote. Deseaban escuchar su bendición. Lamentablemente, Zacarías no tenía voz; estaba mudo, no podía hablar.

Una de las características de Lucas, tanto en su Evangelio como en el libro de Hechos, es que introduce los discursos que presenta con la expresión: «lleno del Espíritu Santo». Lucas dice que cuando Zacarías fue lleno del Espíritu «al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios» y «profetizó» (Luc. 1: 64, 67).

El Espíritu Santo le da voz a la iglesia. Cuando una persona es llena del Espíritu Santo, habla y testifica de Jesús. Hace a la iglesia testigo de Cristo. ¿Tienes tú voz para contar al mundo las maravillas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable? El Espíritu Santo está dispuesto a darnos esa voz que el mundo necesita escuchar. Las multitudes están afuera, esperando que tú les hables de salvación.

Cuando escuchamos hablar a niños pequeños no podemos diferenciar si el que habla es un niño o una niña; pero cuando alcanzan la adolescencia, algo pasa con la voz. Tiene más volumen; el sonido cambia. La iglesia lleva ya dos mil años de existencia. Nuestra voz debería ser más fuerte y con más volumen. Las personas deben reconocernos, deben saber quiénes son los adventistas, cuáles son nuestras creencias. No debe haber confusión cuando hablan de nosotros. ¿Tiene Dios una voz en tu hogar, en tu oficina, en tu universidad? Dondequiera que te encuentres, ¿tiene Dios una voz en ti?

## 17 octubre **Basta una samaritana para convertir una ciudad**

Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres:

«Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho.

¿No será este el Cristo?»

JUAN 4: 28, 29



**L**o que no habían hecho los discípulos escogidos, los colaboradores más íntimos y especiales del Salvador —Pedro, Andrés, Felipe, Natanael...— lo hizo una mujer de corazón valiente, una mujer extranjera que apenas acababa de conocer a Jesús. Lo que ellos habían mantenido en secreto, esta mujer lo publicó inmediatamente. Y, lo que es aún más admirable, en lugar de las burlas, la indiferencia o la hostilidad que cabía esperar, los habitantes de Sicar prestaron oído al relato emocionante de la pecadora; se habían sentido ganados por la sinceridad de su cristianismo y ahora la pequeña ciudad se trasladaba en bloque para ver a Jesús.

Dios tiene necesidad de nosotros. Basta una samaritana para convertir una ciudad. Pero Dios necesita a esa samaritana. No lo puede hacer sin ella. A Dios le hacen falta los apóstoles para difundir el evangelio en el mundo. Esos apóstoles son los padres en el hogar, el estudiante en el colegio, el aprendiz en la fábrica, la costurera en su taller, el empleado en su oficina. Es ese cristiano que habla, que escribe, que lee, para contarle al mundo la alegría, el gozo y la paz que ha encontrado en Jesús. Es el cristiano que enseña a los demás a ilusionarse por el bien. Es el cristiano que hace a los demás amar a Jesucristo a través de su conducta limpia, por encima de todas las cosas. Es el medio más eficaz para evangelizar al mundo.

Dios te llama hoy para ser su instrumento, como la samaritana, en la evangelización de un mundo perdido. Te necesita para restablecer la paz entre los hombres y para conducirlos de nuevo hacia Dios. El Señor te ha asignado un lugar especial en su viña. Nadie más puede ocupar tu lugar. Eres una persona única; no hay otra como tú. Nadie más puede realizar tu tarea ni ocupar tu lugar. Usa los dones que el Señor te ha dado. Haz la obra del Señor según tus talentos y tus circunstancias. Como la samaritana, abre las compuertas de tu corazón, deja que se desborde tu vida cristiana, tu testimonio, tu gozo, tu salvación. Pon de cabeza a tu ciudad, crea un impacto cada día dondequiera que te encuentres, revolucionas tu vecindario, haz popular a Jesús. Que él sea el tema de conversación, dondequiera que vayas. Deja brillar tu luz.